

A black and white portrait of a man with glasses, identified as Samuel Ángel Stola. He is looking slightly to the right. The image is overlaid with a semi-transparent pattern of oak leaves, particularly on the left side. The text "Samuel Ángel Stola" and his dates "28/07/33 - 19/11/76" are in the upper right. The name "SAMUEL" is in large, bold, distressed letters at the bottom.

Samuel Ángel Stola
28/07/33 - 19/11/76

SAMUEL

Samuel Stola: la medicina como vocación revolucionaria

1

Apolítico: así calificaba a Samuel Stola un informe de la Dirección General de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires (DIPPBA) del año 1953. Tenía 20 años y la burocracia represiva del Estado lo había puesto en la mira, porque formaba parte de conjunto de arte nativo de Lincoln llamado «El Ombú».

«El postulado parte de la base de saber quién es quién, es decir, tener registrado a los buenos, para saber quiénes son cuando dejan de serlo», reza un pasaje de la doctrina de la DIPPBA. Clave central de la acción de inteligencia y espionaje desplegada por la policía bonaerense.

El 19 de noviembre de 1976 fue secuestrado junto a su compañera y su hijo a unas cuadras de Plaza Italia en La Plata.

2

Una casilla de madera apoyada sobre pilotes ubicada en un terreno alejado en el dique. El «flaco» quería ser médico. En las noches de invierno se abrigaba como si fuera a salir para poder estudiar porque no tenía calefacción. Quería ser médico. Estados disráficos mielomeningoceles se tituló su tesis de grado con la que hizo aportes a los estudios de pediatría. Quería ser médico y lo consiguió.

La vocación es un camino. Nunca recto ni lineal. Antes que médico, Samuel fue maestro. Y al mismo tiempo, fue descubriendo que lo poco que tenía podía significar mucho para otros que tenían menos. En los márgenes, en la orillas, ahí estuvo y trabajó. Dice su hijo que tenía dos consultorios: uno en el centro y otro en la villa.

Llegó a ser jefe de residentes del Hospital de Niños de La Plata. Allí descubrió que la falta de información sobre cuidados higiénicos era un factor determinante en la mortalidad infantil. Y se fue a trabajar a los barrios populares de las afueras de la ciudad, a formar y capacitar, a dar una pelea que consideraba necesaria. Porque sufría mucho cada vez que se moría un pibe. El ejercicio de la medicina fue su vocación revolucionaria.

3

Lo buscaban. Siempre lo buscaron. Explican sus amigos y colegas, que era porque en 1972 promovió un paro de médicos en el

hospital donde trabajaba, cuando supo de los fusilamientos en Trelew. Y eso lo marcó para siempre, dicen. Pero no hay ninguna marca en las víctimas que permita explicar por qué les sucedió lo que sucedió, por qué se convirtieron en víctimas.

¿Por qué lo espieron siendo muy joven? ¿Por qué lo buscaron una y otra vez? ¿Por qué lo persiguieron? ¿Por qué lo hicieron desaparecer? Todas preguntas que sólo la marca violenta del poder terrorista del Estado puede (y debe) responder. Lo demás, son momentos en la vida de un hombre que supo conmoverse.

4

Las cinco fotos que se muestran a continuación nos traen a Samuel con la fuerza visual justa para comprender su vida no sólo como pasado y dolor sino como legado y futuro. Samuel es en estos fragmentos de imagen, el retrato de la alegría compartida, de la certeza y la convicción, de la rebeldía encausada, del sencillo gesto revolucionario que no han desaparecido.

Diego Díaz

Director de Prensa y Comunicación de la Comisión Provincial por la Memoria. Coordinador del Área de Comunicación y Cultura CPM.

En estos días de noviembre se cumplen exactamente 40 años de hechos muy dolorosos para nuestro país y para Lincoln. En La Plata, como en muchos otros lugares, se vivían momentos de violencia permanente. Fueron semanas de persecución, secuestros y muertes para cientos de militantes, estudiantes y trabajadores, entre los que contamos a varios compañeros linqueños.

Estamos convencidos de que debemos seguir hablando de estos acontecimientos porque nunca es suficiente. Aunque vivimos en un tiempo caracterizado por distintas formas de recordar, tales como museos, obras de arte, fechas en el calendario, aún se escuchan voces que ponen en duda lo ocurrido. Hacemos nuestras las palabras de Theodor Adorno quien dijo: «Si la educación tiene un sentido, es evitar que Auschwitz se repita». Esta máxima debe orientarnos en un difícil camino para andar y desandar, porque sí tenemos la voluntad y la convicción para seguir trabajando en ese sentido. En estas páginas y con estas fotos acercamos ese pasado que habilita esta mirada en tiempo presente, para comprender, si es posible comprender, el horror que ha dejado huellas en nuestra sociedad.

Hoy, un sector quiere ignorar lo sucedido, volviendo a cuestionar la cantidad de desaparecidos o reavivando la «Teoría de los dos demonios». Ayudar a tomar conciencia y a entender qué fue el terrorismo de Estado y cuáles fueron sus consecuencias, es nuestro deber. Debemos seguir construyendo memoria sobre los temas del pasado reciente en la Argentina, que todavía son difíciles de abordar. La tarea es asumir un compromiso social, y nuestra responsabilidad con ella es mucho mayor cuando utilizamos testimonios orales en la investigación. No podemos permitir nuevos escenarios que pretenden una segunda desaparición de los desaparecidos pues nos sentimos identificados con su militancia.

«La memoria posee una ventaja considerable sobre la historia, que es el reconocimiento: sí, sin duda es ella, sin duda es él ¡les reconozco! La historia no reconoce, reconstruye». Paul Ricoeur.

Samuel Ángel Stola nació en Lincoln, el 28 de julio de 1933. Su familia estaba formada por su padre Don Juan Bautista Ángel Stola, constructor, llegado desde Italia en el año 1922; su madre Doña Emilia Covello, ama de casa y su hermana Lidia María, dos años mayor.

Pasó su niñez y su adolescencia en Lincoln. Su casa en ese momento estaba situada en la esquina de Suipacha y San Martín. Al igual que su hermana, cursó hasta cuarto grado en la escuela N° 18 ubicada en ese entonces en la esquina de Avda. Alem y Balcarce, era la escuela más cercana a su domicilio. Lidia define al grupo de compañeros como «buenos amigos» y recuerda los apellidos de algunos de ellos: Bezzi, De Palma, Agriano y Zarlenga. Luego, ambos hermanos pasaron a la Escuela Normal «Abraham Lincoln» donde finalizaron el primario y el secundario. Samuel egresó con el título de Maestro Normal Nacional. En ese momento vivían en Del Valle y Posadas (Barrio Sagrado Corazón). Como cualquier chico que vivió en Lincoln en los años '40, Samuel disfrutó de la tranquilidad y de los juegos al aire libre. Las calles de tierra, los descampados, el fútbol, la bicicleta y los amigos fueron el contexto ideal para crecer libremente. Le decían *el Flaco*, y si hay algo que lo hizo conocido siempre, fueron su hombría de bien, su solidaridad y su honestidad. Ya adolescente, entre otras actividades, disfrutaba de la lectura y del cine, del tango y de la música clásica, y también dibujaba retratos. Samuel egresó del secundario con 17 años. Por ese motivo sus padres no le permitieron comenzar una carrera lejos de su hogar. Se inscribió en el Instituto 19 de julio, donde cursó los dos últimos años del Bachillerato y obtuvo el título de Bachiller Nacional, al mismo tiempo que tomaba clases de italiano con el profesor Davini.

En 1952, cumplió con el Servicio Militar Obligatorio. Su destino fue el Regimiento de Infantería de Montaña N° 6, en Junín de los Andes (Neuquén). Trabajó como maestro en el Comando del Regimiento. Enseñaba a leer y escribir a la población indígena del lugar. El *Flaco* siempre recordaba esta etapa de su vida como muy positiva.



La vida de estudiante en el Dique 1.

En el año 1955 se radicó en la ciudad de La Plata, se inscribió en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional donde, una vez graduado, se especializó en pediatría.

Su hermana nos relata que, mientras Samuel estudiaba, no era frecuente que viajaran a visitarlo, porque se hacía difícil desde lo económico y no había tantas posibilidades en cuanto a medios de transporte. De manera que reconoce que de esa etapa de la vida de Samuel no puede aportar muchos datos.

En La Plata fijó su domicilio en el Dique 1 junto a otros estudiantes oriundos de Lincoln, Rubén Miravalle, Selforo Audisio y Néstor Bruno.

Osmar Miravalle, hermano menor de Rubén, nos describe el lugar donde vivían: *«Era una casilla de madera, apoyada sobre pilotes y ubicada al final de la calle 50, una zona descampada en la que sólo había cerca un almacén y desde la que se divisaba el paredón del Hospital Naval. Por la noche se metían perros en el espacio entre el piso de la casilla y el suelo, que más de una vez se peleaban despertando a todos los habitantes de la vivienda. No tenían posibilidades de*

calefaccionar el lugar y en las noches de invierno se abrigan para poder estudiar como si fueran a salir a la calle».



El Doctor Stola

A mediados de la década del '60, Samuel conoció a Elsa Rosa Gamberini, con quien se casó al poco tiempo. En 1969, nació su primera hija, Débora, y en 1971, su hijo Pablo.

Siempre desplegó su actividad en lugares marginales. Elsa, la madre de Pablo y Débora, fallecida en 2011, era psicóloga y se sumó a la labor social que desarrollaba Samuel en los lugares de pobreza extrema, dando charlas informativas a los padres.

La medicina se convirtió en su gran pasión. A base de muchos sacrificios, logró finalizar sus estudios en 1965, presentando una tesis doctoral titulada «Estados disráficos mielomeningocele». La investigación aportó elementos importantes para contrarrestar los problemas que se generan en los niños que sufren malformaciones congénitas en la columna vertebral y la médula. Luego estudió Neonatología, con especialización en Neumonología.

Ya como profesional, trabajó en el Hospital Rossi, en la localidad de Gonnet, y luego fue Jefe de Residentes en el Hospital de Niños «Sor Ludovica», de La Plata. Según recuerda su hermana Lidia, al entrar en contacto con sus primeros pacientes, Samuel comenzó a observar que los bebés de meses o días de vida morían a causa de diagnósticos «paradójicos», por lo que arribó a la conclusión de que se trataba de bebés cuyas familias carecían de información sobre cuidados higiénicos. Esos descubrimientos, sumados a su ideología socialista y a sus valores humanitarios, lo guiaron en su lucha por lograr que los más desamparados alcanzaran un mayor grado de educación, que todos tuvieran la posibilidad de acceder a estudios superiores y a un buen sistema de salud.

En paralelo con su actividad privada, entre 1965 y 1975, trabajó gratuitamente en las zonas marginadas de La Plata, donde se dedicó a enseñar e informar a las madres, sobre todo a jóvenes y primerizas, acerca de los cuidados que debían tener con sus niños recién nacidos. Siguió de cerca los casos que más lo sensibilizaron, y quienes lo conocieron bien aseguraron que la muerte de alguno de sus pacientes lo conmovía pro-

fundamente. «*Tardaba varios días en recuperarse*», reconocieron.

En el Hospital de Niños realizó una tarea destacada. Colegas de aquella época lo recuerdan como a un médico con una gran vocación de servicio. «*Él vivía en el hospital. Además de ser un gran médico, cuando terminaba su trabajo se ponía a leerles cuentos a los chicos*», relataron.

En 1972, Samuel se separó de Elsa y en 1975, inició relación con Raquel Sciazarreta, quien tenía un hijo de la misma edad que Pablo.

Su desaparición

La presidencia del General Jorge Rafael Videla fue implacable con «el enemigo». Con la excusa de estar combatiendo la subversión desarrolló desde el Estado un plan macabro, atroz y criminal.

La ciudad de La Plata fue invadida por el miedo. Los trabajos de inteligencia, los allanamientos, los secuestros y las ejecuciones en la vía pública se convirtieron en algo habitual. Los militantes peronistas estaban en la mira del poder político. En contradicción con sus funciones legítimas, el Estado impuso miedo y terror.

A partir del 24 de marzo de 1976, Samuel Stola sufrió varios intentos de secuestro. Lo estaban buscando, ya sabían de él. Por eso tomó la decisión de suspender sus actividades y refugiarse por unos meses en la casa de un amigo que vivía en Berazategui. Allí encontró la calma, pero sólo por un tiempo.

Elena Gómez vivía en La Plata, en lo que fue la Clínica del Neonato Climent junto a su esposo Carmelo Stola, primo del médico. Los unía con Samuel una relación muy estrecha y afectuosa, como eran tan jóvenes, él oficiaba de alguna manera como un padre. Cursando el quinto mes de embarazo de su primer hijo, Elena debió guardar un riguroso reposo y Samuel acompañó este proceso con afecto, charlas y lecturas. En octubre de 1975 nació Juan Cruz y la familia siguió viviendo en ese domicilio a pesar de la insistencia de Samuel, quien les decía que debían mudarse porque no era un lugar seguro. Una

noche de septiembre de 1976, alrededor de las 2:00 de la mañana golpearon la puerta y al grito de «Abran, policía» un grupo comando tomó la vivienda por asalto. Fue una noche que Elena recuerda como de «terror». Cuenta que le llevó muchos años poder recordar lo ocurrido. Tanto ella como su esposo fueron torturados, al pequeño se lo sacaron de los brazos y lo llevaron a otro lugar de la casa. Como se habían escuchado disparos, ella pensó que lo habían matado. Además de revolver toda la vivienda, las torturas eran seguidas de la pregunta *¿Dónde está Samuel Stola?* Después de varias horas de violencia, se retiraron y le dejaron al niño. Elena recuerda con emoción ese momento: *«Me largué a llorar largamente»*. La realidad era que, para esa fecha, ya hacía un tiempo que habían perdido todo contacto con Samuel. Pasaron muchos años y Elena reconoció, en un programa de televisión, a quien había llevado adelante y comandaba el operativo en esa terrible noche de septiembre de 1976. Se trataba de Luis Abelardo Patti, oriundo de Baigorrita, pequeña localidad del partido de General Viamonte, de donde también provenía Elena. Cabe señalar que su casa de Lincoln fue baleada al año siguiente de haber denunciado a Patti como el que encabezaba el operativo de ese grupo comando. Esta denuncia se radicó en La Plata ante el Juez Federal Dr. Arnaldo Corazza en el año 2006.

En la mañana del 19 de noviembre de 1976, cuando Samuel viajaba a La Plata para reencontrarse con su novia, Raquel, y para visitar a sus hijos, lo secuestraron en las inmediaciones de Plaza Italia (44 y 7). Iba junto a Raquel y el hijo de ésta. Los tres fueron secuestrados. Liberaron sólo al menor a las pocas horas.

A partir de aquel día, Samuel integra la lista de desaparecidos impresa con sangre por la dictadura militar. Tenía 43 años, dos pequeños hijos y una profesión que desarrollaba con gran pasión. Todo fue arrebatado con una violencia extrema.

Su hermana Lidia nos narra que al día siguiente, 20 de noviembre, se enteró de la desaparición de Samuel por el aviso que recibió de Miguel y Carmelo Stola, sus primos que estudiaban en La Plata. Esa misma noche viajó en ómnibus hasta Haedo y desde allí, en tren, a La Plata. El viaje tenía por

objetivo traer a sus pequeños sobrinos a Lincoln, lo que se concretó esa misma noche. Al día siguiente, volvió a La Plata para ver si podía recabar información, pero no logró nada. Regresó a Lincoln y fue a ver a Abel Russo, abogado y amigo de Samuel, pero éste no la ayudó. Se puso entonces en contacto con Carmen Cané y el Dr. José Cané, quien le redactó el Habeas Corpus. Viajó nuevamente a La Plata y se dirigió al Juzgado N° 1 para presentarlo, pero allí no se lo aceptaron.

Nuevamente en Lincoln, Carmen Cané le propuso que fuera a la Casa de Gobierno, pero tampoco allí fue atendida. Le dijeron que debía hacer previamente un pedido de audiencia en la Comisaría de Policía de Lincoln. Ya en la Casa de Gobierno, la persona que le daba esta información, de apellido Fernández, estuvo todo el tiempo golpeando sus botas con un látigo y sólo le dijo que volviera en quince días.

Una de las últimas veces que viajó fue para entrevistarse con el Ministro del Interior, el General Albano Harguindeguy, quien perteneció al Ejército Argentino y alcanzó la jerarquía de General de División. Ejerció el cargo de Ministro del Interior de Argentina durante la dictadura del Teniente General Jorge Rafael Videla, en el denominado Proceso de Reorganización Nacional (1976 - 1983). Era considerado uno de los cerebros de la Dictadura. Al momento de su deceso, en octubre de 2012, se encontraba procesado por delitos de lesa humanidad. Fue uno de los beneficiados por el indulto realizado por Carlos S. Menen en 1989.

Previamente a la entrevista, en la sala de espera le entregaron una planilla que debía llenar con datos tales como sus ideas políticas, sus creencias religiosas y la de sus padres, cómo se conformaba su familia, qué trabajo hacía y otras cuestiones que no recuerda. Luego la hicieron pasar. En la sala había dos sillas, Harguindeguy empujó una de las sillas haciéndola caer a un costado y él se sentó en la otra, de manera que Lidia quedó de pie. El militar miró la planilla y comenzó a romperla en pedacitos. Mientras esto hacía, le preguntó: «-¿Usted tiene un hijo?... Bueno, ocúpese de su hijo y sus sobrinos, deje de preguntar por un subversivo que está desaparecido».

Lidia siguió tratando de localizar a su hermano por muchos años, dirigiéndose a todos los lugares que le indicaban, sin ningún resultado.

En ocasión del homenaje a Médicos Desaparecidos, un compañero de Samuel le relata a Lidia un episodio ocurrido en 1972. Había sucedido la masacre de Rawson¹⁰, el Dr. Stola propuso hacer un paro en el hospital en repudio de lo sucedido, paro que se llevó a cabo durante una hora. Seguramente alguien llevó el «chisme» y, al otro día, un grupo de militares fue a detenerlo. En ese momento el Dr. Stola no se encontraba allí. Sin duda, ésa fue una de las razones que lo marcaron para siempre.

Entre la documentación que se logró obtener, hay una carta dirigida al Monseñor Alejo Guilligan que se transcribe a continuación:

16 de diciembre de 1977

A SU EMINENCIA
MONSEÑOR ALEJO GUILLIGAN
OBISPADO DE 9 DE JULIO

De mi mayor consideración:

Los abajo firmantes miembros de la familia argentina que componen el Obispado de su jurisdicción se dirigen a Usted respetuosamente para hacerle llegar la expresión de su preocupación por el dramático problema que nos afecta respecto de los Derechos Humanos que se traduce en miles y miles de desaparecidos y detenciones por razones políticas.-

¹⁰ La Masacre de Trelew o el fusilamiento de Trelew consistió en el asesinato de 16 militantes del ERP, FAR y Montoneros en la Base Almirante Zar, una dependencia de la Armada Argentina próxima a la ciudad de Trelew, provincia de Chubut en la Patagonia Austral. El día 15 de agosto habían protagonizado una fuga del penal de Rawson.

Al mismo tiempo solicitamos su mediación expresándole nuestros deseos de que la alta jerarquía eclesiástica, en vísperas de la navidad, y en procura de una navidad feliz, solicite a la Junta Militar de Gobierno de las Fuerzas Armadas, considere los petitorios de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones políticas y resuelva :

- La búsqueda de los ciudadanos desaparecidos.
- La aparición de los ciudadanos ilegalmente detenidos.
- La liberación de los detenidos sin causa y/o proceso y/o la opción que otorga la Constitución Nacional para salir del país.

- El juzgamiento de acuerdo a la Constitución Nacional y las leyes de los que tuvieron causas y /o proceso.

- Y que se ponga fin en el país a los procedimientos que originan esta grave lesión a los Derechos Humanos.¹¹

Homenaje a pediatras desaparecidos durante la Dictadura

Durante el Congreso del Centenario del Hospital «Sor María Ludovica» de la ciudad de La Plata, se llevó a cabo un acto de homenaje a pediatras víctimas del terrorismo de Estado, organizado por la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Pediatría.

El evento transcurrió frente a un auditorio repleto, y en un ambiente de gran emoción y respeto por los pediatras a los que se recordaba. Asistieron las autoridades de la SAP (Sociedad Argentina de Pediatría), familiares de los pediatras homenajeados, y gran cantidad de colegas de todo el país.

Nuestra Sociedad cumple sus primeros 100 años de historia. A lo largo de tantos años se fueron sucediendo diversos momentos: alegrías y penas, logros y fracasos, adquisiciones y pérdidas.

¹¹ N. del R.: La presente carta es copia textual del original. Se desconoce los apellidos de los firmantes así como la respuesta a la misma.

Durante estos primeros 100 años, y como no podía ser de otra forma, nuestro país en general y la pediatría en particular, registran algunos episodios oscuros y trágicos, que también forman parte de la historia.

Uno de esos episodios lo constituyó la dictadura militar entre los años 1976 - 83, período en el que hubo que lamentar la pérdida de muchas vidas valiosas, de personas jóvenes y comprometidas.

Durante el Proceso se registran más de dos centenares de médicos y personal de salud desaparecidos; hemos identificado entre ellos a 15 pediatras, de los cuales hemos podido recopilar una pequeña semblanza.

Quisiéramos recordar entonces a esos pediatras que fueron personas comprometidas con la infancia y con la sociedad del tiempo que les tocó vivir.

Algunos de ellos fueron compañeros de trabajo de los que hoy tenemos más de 60 años, y su recuerdo permanece entre nosotros. Creemos que merecen también ser conocidos y recordados por las generaciones más jóvenes.

Siempre la Sociedad Argentina de Pediatría fue una entidad abierta y que acogió en su seno a todos los pediatras del país, sin discriminaciones de ningún tipo y manteniendo una trayectoria profundamente democrática.

LISTADO DE MÉDICOS PEDIATRAS DESAPARECIDOS DURANTE LA DICTADURA

* Argento Fontaine, Abel Eduardo - Médico pediatra – Rosario.

* Arédez, Luis - Médico pediatra – Jujuy.

* De la Rosa, Elena - Médico pediatra - Casa Cuna y Hospital Muñiz.

* Falicoff, Alberto Samuel (Lito) - Médico pediatra - Hospital de Niños de Córdoba.

* Francesio Capdet, Jorge Luis - Médico pediatra - Sanatorio Plaza, Rosario.

* Stola Cabello¹², Samuel Ángel - Médico pediatra, Lincoln, provincia de Buenos Aires.

* Gershanik, Mario - Médico pediatra - Hospital de Niños Sor María Ludovica.

* Garín Peredo, María Adela - Médico pediatra - Clínica San Ramón, Quilmes.

* Vallejos, Graciela - Residente pediatría Hospital de Niños, Buenos Aires.

* Velazco de Morini, Catalina Martha - Médico pediatra - Escobar.

* Colomer, Roberto - Pediatra del Instituto Nacional de Epidemiología - INE, Mar del Plata.

* Mura de Corsiglia, María Cristina - Médico pediatra del Hospital Italiano de Buenos Aires.

* Ramírez, Norberto «Suky» - Médico pediatra del Hospital Gandulfo.

* Strejilevich, Hugo - Residente de Pediatría del Hospital de Niños, Buenos Aires.

* Sirri, Ernesto - Médico Pediatra de San Martín, provincia de Buenos Aires.



¹² N. del R. Cabe aclarar que el apellido materno es Covello.

SOCIEDAD

Un homenaje a médicos desaparecidos

En el marco de la conmemoración de los cien años de la Sociedad Argentina de Pediatría, se rindió homenaje a quince colegas desaparecidos durante la última dictadura militar argentina. Para la organizadora de la iniciativa, Patricia Waisman, no sólo «*correspondía hacer esta revisión histórica*», sino que recordarlos es otra forma de «*hacer justicia*».

«*Fue gente comprometida con la sociedad de su tiempo y con la infancia, y que merece ser recordada*», explicó a este diario Waisman. En el evento que se realizó como parte de las actividades del Congreso del Centenario de la entidad, participaron familiares y amigos de las víctimas. «*Por lo general, los pediatras son personas con un fuerte sentido de responsabilidad social*», agregó la médica. [...]

Los otros pediatras desaparecidos que fueron recordados eran: Luis Arédez, de Jujuy; Abel Eduardo Argento Fontaine y Jorge Luis Francesio Capdet, de Rosario; Alberto Samuel «Lito» Falicoff; de Córdoba; Roberto Colomer, de Mar del Plata; María Cristina Mura de Corsiglia y Elena De la Rosa, de la ciudad de Buenos Aires; y Norberto «Suky» Ramírez, Ernesto Sirri, Samuel Ángel Stola Covello, Graciela Vallejo, Catalina Martha Velazco de Morini, Hugo Strejilevich y María Adela Garín, de la provincia de Buenos Aires. Además, fue homenajeado Mario Gershanik, asesinado en La Plata durante el gobierno de Isabel Perón. (Fuente: PÁGINA 12 [en línea]. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/> Fecha: 19 de septiembre de 2011).



Los amigos lo recuerdan

Carlos Santos, estudiante de Ingeniería en aquella época nos relata: *«Nos conocíamos de Lincoln, pero lo terminé de conocer en La Plata, allí se afianzó la amistad, nos hicimos muy amigos. Yo visitaba el Dique y él visitaba mi bulín que compartía con otros amigos. Ese grupo de linqueños que era muy numeroso, nos encontrábamos todas las tardecitas en la esquina de 7 y 49. La esquina de Gath y Chávez. Era una época muy romántica y teníamos una esperanza muy grande en Frondizi, en general los estudiantes y muchos de mis profesores apoyábamos sus ideas. Samuel era alto, muy elegante y yo un petiso insignificante, por eso él parecía más alto todavía. Le daba mucha importancia a los afectos, a la amistad, al compañerismo, era muy solidario. Samuel priorizaba los afectos por encima de los efectos».*

Osvaldo Garelli

«En cuanto al recuerdo de Samuel, ante todo tengo que decir que no es la memoria mi fuerte. Me honraría enormemente poder decir que fui su amigo, pero estaría faltando a la verdad. No tuve la frecuencia de trato necesaria para encasillarme como tal, pero sí el suficiente como para opinar con fundamento sobre sus cualidades personales. Atendió como pediatra a mis dos hijos mayores (no al tercero, sólo porque nació después de su desaparición). De esa relación nació una empatía, producto de largos diálogos que casi siempre se motivaban en nuestra difícil realidad político - social de aquel entonces. Ese trato que duró aproximadamente cinco años me permite afirmar, con todo el énfasis que se pueda transmitir en la escritura, que el flaco Samuel fue un tipo íntegro, cálido, inteligente, sacrificado y ante todo y sobre todo muy solidario. Quizás esta última condición haya sido la que motivó su trágica desaparición. Es una opinión personal pero yo creo que lo «marcaron» por haber atendido a algunos hijos de militantes o eventualmente a algún herido...

No tengo demasiados argumentos para sostener tal hipótesis, pero el recuerdo de nuestras charlas y de su intensa

actividad en el servicio del Hospital de Niños -con el extenso tiempo que le dedicaba- me hacen presuponer que el arma más pesada con la que Samuel pudiera haber tomado algún contacto ha sido una ametralladora de plástico de alguno de sus pequeños pacientes. Esa misma convicción habla por sí misma de la tremenda injusticia que se produjo con su asesinato (queda claro que con esta afirmación no convalido ni uno de los asesinatos - desapariciones que llevó a cabo el terrorismo de Estado, por más armadas que estuvieran sus víctimas).

Aquí puedo agregar que a Samuel lo conocí al poco tiempo de venir a estudiar a La Plata, cuando convivía en una vieja casa del barrio «El Dique» con Rubén Miravalle y otros estudiantes de medicina. De esa época lo recuerdo como «un buen tipo», con alegría de vivir y muy ocurrente. También me parece que coincidió en algún período con Tulio Manzano en la misma casa.

Siempre es muy bueno para la salud mental recordar que existieron personas de la calidad y estatura moral de Samuel Stola. Cada vez que me doy una vuelta en bici por el Parque Municipal me detengo frente a la placa que recuerda su memoria junto a los otros siete compañeros linqueños desaparecidos y siempre me hago la misma pregunta: ¿por qué?

Jorge Ortale

«Soy Jorge Ortale, 70 años, médico pediatra en actividad. Vivo en Chascomús.

A Samuel lo conocí en 1970 en el Hospital de Niños de La Plata. Ingresé como pre-residente hasta que se llamó a concurso, ingresando entonces oficialmente a la residencia. Samuel tendría, calculo, unos 38 años (yo tenía 24) y su función dentro del sistema, era la de Instructor de residentes. Poco tiempo necesité para darme cuenta de su calidad humana. Pronto se puso a mi disposición, brindándose entero con una gran generosidad. Si bien tenía una buena formación académica se destacaba más por su buen criterio que por ser un acumulador de datos bibliográficos. Era muy cariñoso con los pacientes y se preocupaba mucho de acompa-

ñar a los familiares en el proceso de la enfermedad. Fuera del acto médico era un tipo con un gran sentido del humor y muy afectuoso. Era muy vehemente en las discusiones y no toleraba las injusticias. Me acuerdo de haberlo visto a punto de perder el control cuando veía o tomaba conocimiento de algún acto de irresponsabilidad o de falta de respeto hacia alguien, fuera quien fuera. Tenía un gran desapego a lo material y nunca lo vi haciendo ostentación de poder por el cargo que ocupaba.

Me eligió padrino de Pablo, creo, en agradecimiento al préstamo que le hice para pagar los gastos del parto. Me extrañó que decidieran bautizarlo porque tanto él como Elsa, su esposa, no parecían particularmente religiosos - yo tampoco lo era ese momento.

Terminé la residencia el 30 de abril de 1972 y me mudé a Chascomús, donde seguí trabajando hasta la fecha.

A partir de entonces viajé una vez por semana a La Plata al Hospital de Niños, donde lo seguí viendo durante un tiempo más. No recuerdo precisamente cuándo dejamos de vernos. Traté infructuosamente de ubicarlo -mucha gente del ambiente médico estaba «desaparecida de los lugares que solía frecuentar» por las razones que todos conocemos -hasta que alguien me dio un rastro que me permitió comunicarme y citarnos para almorzar en el restaurante Abruzzese, calles 3 y 42 de La Plata. No pudimos más que abrazarnos y hablar unas pocas palabras porque apareció un médico viejo de Chascomús, a quien no pude evitar de invitar a la mesa, impidiéndonos poder hablar de nuestras cosas. Poco tiempo después me enteré que lo habían «fusilado» junto a su compañera en ese momento, a Bossio, un médico de Ensenada y a su compañera. Esto es todo lo que puedo contarle porque mucho más no sé.

Resumiendo: Samuel fue un tipo maravilloso a quien nunca podré olvidar. Aunque compartimos un corto período de nuestras vidas lo considero uno de mis más grandes amigos».

Tulio Manzano

El Doctor Tulio Manzano recuerda con profunda emoción a su amigo, con quien convivió en la casa del Dique.

«Samuel era muy serio, responsable y prolijo. La casa del Dique era muy precaria, pero teníamos calefacción central, poníamos un calentador en el centro de la habitación.» Recuerda que todos se lavaban la ropa a mano y como había un terreno de tamaño considerable con césped (un poco alto) Samuel ponía en remojo las sabanas en «azul» (pequeña pastilla de color azul que se utilizaba para blanquear la ropa) y luego las extendía para secar sobre el césped. También recuerda la pulcritud de su ropa, los días de lluvia vestía con un piloto color tiza, galochas y llevaba el paraguas colgado del brazo. *«Era alto y muy elegante».*

Hablan sus hijos



Débora

Desde que su padre desapareció el 19 de noviembre de 1976, Débora Stola guarda un emotivo recuerdo y la firme convicción de exigir justicia. En ella los sentimientos se mezclan. La ausencia de su padre ha marcado su vida.

«En aquellos tiempos él tenía la idea de igualdad, de ayudar a la gente, sentía mucha impotencia ante aquellos chi-

quitos enfermos, desnutridos que llegaban al hospital. Pero hay muchas cosas de su persona de las cuales me he enterado hace poco tiempo.

Hace unos años le hicieron un homenaje en el hospital «Sor María Ludovica» y ahí me enteré de muchas cosas. Este homenaje no fue solamente para mi padre, sino también para otros médicos desaparecidos. A través de un profesional que lo conoció, supe, por ejemplo, que mi padre tuvo mucho que ver con la instalación de una biblioteca. Su idea era que los padres de los chiquitos internados les leyeran cuentos. También sé que trabajó mucho, que cuando había un chico muy grave, no se movía del hospital hasta que se mejorara. A él nunca le importó el dinero. No quería venir a Lincoln porque decía que había mucha gente que lo necesitaba en La Plata. Mi papá fue a Brasil a comprar con su sueldo del hospital un pulmотор usado y gracias a eso les salvó la vida a muchos niños.

Uno de sus amigos me contó que mi padre sabía que lo estaban buscando, que él le había pedido que se fuera del país. Pero prefirió quedarse porque estaba convencido de la lucha que estaba llevando adelante y, sabiendo igualmente lo que le podía ocurrir, siguió. Me contó también que mi padre tenía pensado seguir su lucha desde la clandestinidad, pero al poco tiempo ya no supo nada más de él. En el momento en que se lo llevaron, mi papá estaba separado de mi madre y tenía una novia con la que se llevaba muy bien. Esta mujer tenía un hijo chiquito con el que jugábamos siempre. La versión que yo tengo de aquel 19 de noviembre era que a mi padre lo secuestraron en horas de la mañana. Se lo llevaron junto con esta mujer. Hace poco tiempo me encontré con este chico, que hoy vive en Mar del Plata. Él me contó que cuando iban caminando los interceptaron dos patrulleros. A él y a su mamá los llevaron en uno de los autos y a mi papá lo subieron en el otro. Este chico pudo saber por un testigo que a la persona que habían secuestrado junto con su madre la habían matado rápidamente. Esa persona era mi papá.

Cuando era chica me costó mucho entender. Sobre todo cuando, a los doce años, veía a mis compañeritos que se iban

de vacaciones con sus padres, por ejemplo. Todavía en ese momento yo esperaba que mi papá volviera. Pero una vez que hablé con el hijo de su novia, la cosa cambió mucho porque dejé de imaginar y tuve algunas versiones más certeras.

Yo vivía con mi abuela materna porque a mi mamá también la habían secuestrado. Mi tía pidió ayuda a gente de Lincoln para hacer un habeas corpus; le pidió ayuda a gente que era muy amiga de mi papá y en ese momento nadie nos dio una mano. Una de estas personas era Abel Russo y otro fue Walter Cóccaro. Nos dejaron solos. Después nos tuvimos que venir a Lincoln. Como éramos chicos, nos dijeron que veníamos de vacaciones y que nuestro padre iba a venir después. Nos decían eso cada vez que preguntábamos por él. Mi mamá estuvo nueve meses secuestrada y después que se llevaron a mi papá, ella recuperó su libertad. A todo esto, yo siempre preguntaba cuándo iba a venir mi papá y mi abuela me decía que por ahora no iba a llegar. Hasta que un día me dijeron que no iba a volver.

Años después, cuando nosotros estábamos en Lincoln y mi mamá en La Plata, ella nos llamaba y nos comentaba que la amenazaban, diciendo que iban a terminar con todos nosotros. Eso era porque los militares pensaban que los hijos de los desaparecidos eran como una semilla que había que aniquilar también. Eso habrá sido en el '79. Después, en el '92 o '93, mi hermano Pablo se fue a estudiar y empezó a investigar algunas cosas. En ese momento lo llamaron y le dijeron que se dejara de joder. Después, a mi mamá la llamaron una vez para decirle que fuera a reconocer a Pablo a la morgue. Eso fue desesperante.

Me costó muchísimo entender. Pasó el tiempo, yo tuve mi familia y en un momento entendí que había sido su lucha. Mi padre eligió ese camino. Nosotros vamos a hacer el duelo cuando encontremos el cuerpo. Hace un tiempo nos hicimos los análisis de ADN, de Abuelas (Abuelas de Plaza de Mayo) nos derivaron a Antropología (Equipo Argentino de Antropología Forense), donde nos sacaron sangre. Esto va a llevar mucho tiempo y sabemos que no será fácil. Ya han encontrado 600 cuerpos y sabemos que será difícil. Pero es cuestión

de esperar. Sigo esperando y, mientras esté la posibilidad, esperaré para cerrar la historia. Como dijo Estela de Carlotto cuando visitó Lincoln: «Aunque sea un huesito». Pienso en eso todos los días. Espero la llamada.»

Pablo Stola

«Creo que mi padre fue un pibe como cualquiera de esa época. Con muchas carencias, porque no sobraba nada. Mi abuelo era constructor y mi abuela, ama de casa. Se crió como cualquier pibe de barrio, sin ideología ni nada. Sé que mi abuelo era socialista, y mi viejo, con el tiempo, se identificó mucho con el peronismo. Me han dicho que mi viejo, en aquel entonces, era un pibe muy querido.

En el '89, yo me fui a estudiar Arquitectura a Buenos Aires y uno de mis objetivos era saber algo más de mi padre. Mi papá se fue a estudiar a La Plata, se puso de novio con mi vieja y nunca más vino. Se casaron, tuvieron a mi hermana y después a mí.

En la época de estudiante, mi abuelo lo ayudaba, pero no le alcanzaba, así que se las tenía que rebuscar. Él ya fue con el título de Maestro a estudiar Medicina. Me han contado que cuando sus amigos iban a las plazas, ferias, etc., mi viejo se iba a las villas a vacunar pibes. Me contaron que después de que se recibió, tenía dos consultorios, uno en la ciudad y otro en una villa. Mi vieja, que falleció hace cinco años, me contó que mi viejo siempre andaba con piojos, sarna, y todo eso se lo contagiaba en los lugares humildes a los que iba. Mi mamá, que era psicóloga, se sumó a las propuestas de mi papá y daba charlas informativas para los padres. Mi papá era pediatra y se especializó en enfermedades respiratorias.

Mis padres se conocieron a mediados de la década del '60. Mi viejo ya era médico. Sé que se le hizo muy larga la carrera, porque además de estudiar tenía que trabajar. Después fue jefe de residencia del Hospital de Niños, en La Plata. Allí armó una biblioteca, que como homenaje lleva su nombre. También trabajó en el hospital Rossi y en Gonnet.

Mi hermana y yo nacimos en La Plata y vivimos hasta el año '81, aproximadamente. Veníamos en las vacaciones, para mí las vacaciones eran venir a Lincoln. Me encantaba. En La Plata vivíamos en 67 y 22. Después, cuando mi viejo desaparece, el 19 de noviembre de 1976, nos fuimos a vivir a Ensenada (antes, en agosto, a mi vieja se la habían llevado presa), o sea que los últimos tres o cuatro años los viví en Ensenada. Y nos mudamos ahí, no sé si tanto por el miedo, sino también por una cuestión económica.

De esa época recuerdo poco. Sí me acuerdo que mi abuela materna, a la noche, tomaba mates para que nosotros con mi hermana pudiéramos comer. También me acuerdo que mi vieja, después de haber estado detenida, tuvo que ser asistida en un manicomio. Pasó de ser profesional a ser paciente. Había estado secuestrada, primero, después, presa en Olmos y posteriormente en Devoto. En total, fue algo más de un año.

Sé que en los últimos meses, antes de su desaparición, mi viejo había pasado a la clandestinidad. Le ofrecieron venir a Lincoln, pero él nunca quiso. No quería abandonar a sus compañeros. Y en aquel entonces, andaban por la calle o viajaban usando seudónimos. A mi viejo le decían Manzanita. Cuando Kirchner vino a Lincoln, se acordaba de mi viejo y de Cané, al que le decían el Gato. Mis viejos se separan en el '72 aproximadamente, y mi papá conoce a otra mujer, que es con quien desaparece. Ella se llamaba Raquel Sciazarreta. Con el hijo de esa señora, que tiene mi edad, jugábamos juntos. Ese chico también fue secuestrado, pero lo devolvieron.

Me han dicho que era un tipo muy idealista. Muy encerrado en sus ideas. La desigualdad social lo perturbaba mucho. Era un tipo muy ejecutivo, muy inquieto. Trabajaba mucho en los barrios. También me contaron que siempre atendía a pacientes de Lincoln, que cuando había alguna urgencia, los esperaba allá en La Plata. Mi viejo vivía en el hospital, estaba todo el día ahí. Además de trabajar mucho, hacía otras actividades, por ejemplo, les leía cuentos a los chicos que estaban internados. Y me ha contado mi vieja que cuando él perdía a un paciente se ponía muy mal, entraba en un bajón muy grande que le duraba varios días.

Después de muchos años de psicoanálisis, he podido superar en algún punto el hecho de haber crecido sin un padre. Después tengo mucha incertidumbre sobre cómo era él. Tenemos hechos los ADN, y la esperanza de saber dónde está su cuerpo, nunca la vamos a perder. La figura del desaparecido es difícil de aceptar. Uno imagina, porque no te queda otra que hacerlo. Me han dicho que a mi viejo lo mataron al toque de haberlo secuestrado, por no querer delatar a sus compañeros. Pero bueno, está la incógnita. Sus compañeros no cayeron y eso significa que él no los delató. Después hubo muchas situaciones que nos tocó vivir a los familiares, que no tienen explicación. Personalmente, me tocó vivir varias. La peor creo que fue cuando llamaron a mi mamá para decirle que tenía que ir a la morgue del Hospital Pirovano para identificar mi cuerpo. Eso sería a fines de los '90, ahí fue cuando mis familiares me pidieron que me volviera. Lo tomé como una amenaza, yo era grande, y me puse a pensar en el sufrimiento que había tenido que pasar desde chico. Capaz que era una amenaza y listo, pero no quise arriesgar, dejé de investigar para evitar problemas familiares y me volví a Lincoln.

Es un tema doloroso. Nosotros, los familiares de desaparecidos, celebramos cualquier cosa que pase, sobre todo cuando encuentran a algún nieto. Yo vi morir a mi abuela, que tenía 92 años, y hasta el último día de su vida ella soñaba con ver a su hijo al doblar la esquina. Personalmente, no le deseo el mal a nadie, simplemente quiero que los que hicieron mal, que lo paguen. No tengo rencor pero no olvido, obviamente. Haciéndose justicia cerraría una etapa de mi vida, si no, no. Sueño con ese día.

Creo que mi viejo se la jugó; sabía lo que le podía pasar. Y se podría haber venido a Lincoln o inclusive se podría haber ido fuera del país. Pero no quiso. En los últimos momentos, estaba viviendo en Berazategui, en la casa de un amigo. En un intento por ver a su pareja y vernos a nosotros, mi viejo va a La Plata y lo agarran cerca de Plaza Italia. Iba caminando con su pareja y el hijo de ella, lo interceptan y se

los llevan a los tres. Al pibe lo devuelven, al resto no. Mi viejo tenía 43 años y ella era menor que él.

Mi tía Lidia nos ayudó mucho, porque nos trajo de La Plata, ya que no podíamos vivir más allá. No sólo porque estábamos mal económicamente, sino también porque estábamos en peligro.

Creo que el esfuerzo de mi padre no fue en vano. Hoy vivimos en democracia. Hay gente que hoy pide que vuelvan los militares. Y bueno, seguramente no conocen mucho de la historia. En Lincoln, en aquel entonces, los medios no decían nada, la gente no sabía nada. Para la mayoría no pasaba nada, nadie estaba desapareciendo, nada, no pasaba nada. Creo que el objetivo de aquella generación fue dejar un país digno para vivir.»

En el archivo

En la historia de nuestro país se ha comprobado que, mucho antes del período de 1976 a 1983, hubo detenciones masivas que el Estado demoraba en blanquear, torturas para arrancar información e incluso desapariciones que quedaron impunes. Hay investigaciones que demuestran que desde 1930 comenzaron a funcionar ciertos aparatos de represión y de espionaje político ideológico. Durante el primer gobierno peronista se creó oficialmente la SIDE – Secretaría de Investigaciones del Estado - aunque ya había antecedentes. A la Inteligencia de las Fuerzas Armadas cuyo desarrollo se vio favorecido durante la Segunda Guerra Mundial, se incorpora la Policía. Es también durante el primer gobierno peronista que hay un mayor desarrollo de la inteligencia civil.

La Comisión Provincial por la Memoria, por ley provincial N° 12642, posee el fondo documental DIPPBA (Dirección de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires). Pablo Stola solicitó la documentación existente con el fin de facilitar la presente investigación y obtuvimos la siguiente información de valor histórico. En la descripción consignada en el informe, leemos:

Anexo: Descripción de mesas consignadas en el informe

«Mesa C: Reúne información sobre personas, organizaciones y actividades calificadas por la DIPPPBA de comunistas. Parte de la documentación corresponde a material producido por organismos de inteligencia que precedieron a la DIPPPBA.

Mesa Ds: Registra información vinculada a la actividad calificada como subversiva. Se pueden encontrar análisis de organizaciones armadas, pedidos de captura, listas de detenidos, allanamientos, solicitudes de paraderos, entre otros».

matia

ENTRADA - 12/12/1954
 Día: 12 Mes: 12 Año: 1954

95
 Form. N° 14

PROVINCIA DE BUENOS AIRES
 GOBERNACION
 COORDINACION DE INFORMACIONES

Eva Perón, de 195.....

MEMORANDUM

Enviado por el
 señor Jefe de la Coordinación de Informaciones al
 señor Jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires.
 (División Orden Público).--

ASUNTO

COORDINACION INFORMACIONES	
LETRA <i>CP</i>	N° <i>5057</i>
Cde. <i>0</i>	FOJA <i>1</i>
ENTRO	SALIDA
Día.....	Día.....
Mes.....	Mes.....
Año.....	Año.....

Solicítale quiera tener a bien
 disponer se informe a este Organismo, si el conjunto
 de Arte Nativo "El Ombú", de la localidad de Lincoln,
 tiene personería jurídica y cuenta con prestigio moral
 en el lugar de su actuación.

Hago propicia la circunstancia
 para saludar al señor Jefe con mi consideración más
 distinguida.

Miguel Horn

MIGUEL HORN
 JEFE DE DIVISION
 DE LA COORDINACION DE
 INFORMACIONES POL. DE AB.

COORDINACION DE INFORMACIONES

**Estrictamente
confidencial**

O.P.S.I. No 12.911

OBJETO Requerir Información

4 de enero de 1953. -

Establecer:

- 1.- Ideología política, si ha tenido actuación, lugar y época de la misma; si está afiliado a alguna agrupación política, desde qué fecha.
- 2.- Antecedentes policiales.
- 3.- Medios de vida; honradez, conducta, moral y capacidad en el desempeño de sus tareas.
- 4.- Elementos de juicio complementarios que se dispongan.
- 5.- Nombre y apellido de los padres; fecha de nacimiento del causante, con respecto a: . . .

Informar los puntos mencionados precedentemente de todos los componentes del conjunto de Arte / Nativo "El Ombú" de la localidad de Lincoln.-// Asimismo debiera constar si el referido conjunto tiene personería jurídica.-

CONFIDENCIAL

Correspond. OP. SI. 12.511.

•••••

*****FOR JEPK 1*****

-En cumplimiento a lo dispuesto en el memorando adjunto, informo al Sr. Jefe como resultado de las diligencias dispuestas las siguientes:-

conjunto de "ARTE NATIVO EL CHIMU" : Se tiene perennidad jurídica.-

- [illegible]

•••••

Conclusión

El objetivo de reconstruir la vida de Samuel Stola está cumplido.

Tuvo una vida intensa, fue protagonista de un momento crucial en las luchas políticas y sociales de las décadas del '60 y '70 en nuestro país. No se puede afirmar que perteneció a alguna organización política de aquellos años. Lo que sí se puede asegurar es que el Dr. Stola ha dejado una huella, como todos los compañeros desaparecidos en la lucha por una sociedad más igualitaria, más justa y por un mundo mejor.

Entendió que vivir es brindarse a los demás. Procuró la ayuda a los que menos tienen, quiso un mundo mejor a costa de renunciar a todo lo que podía tener al alcance de su mano.

El ejercicio de la memoria histórica exige trabajar constantemente. El pasado recuperado sigue siendo cuestionado, interviene en el presente. Por eso lo que existe es una lucha política activa acerca del sentido de la memoria misma. Ese espacio de la memoria es un espacio de lucha política, y no pocas veces, esta lucha es concebida en términos de la lucha «contra el olvido», recordar para no repetir. Las consignas pueden, en este punto, ser algo tramposas. La memoria «contra el olvido» o «contra el silencio» esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales, cada una de ellas incorporando sus propios olvidos. Es en verdad, «memoria contra memoria».

Jelin, Elizabeth. *Memoria en conflicto*. Revista Puentes, Año 1, N° 1, Pág. 6, 7 y 8.

Es por eso que la memoria de lo acontecido en los períodos represivos debe ser una necesidad para fortalecer la democracia y para que los Derechos Humanos estén garantizados para todas las personas.

Samuel Ángel Stola

Presente ahora y siempre.

Ahora y siempre.

Ahora y siempre.

Por Estela Salerno